



**REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y BLASONES  
EN ESPAÑA. UNA BREVE NOTA GRACIAS  
A UNA INVESTIGACIÓN**

Por JUAN VELARDE FUERTES

La Revolución Industrial, mezclada además con la Revolución Liberal, con el Romanticismo, con la Revolución Científica, ha cambiado radicalmente mil aspectos de la vida social española. Por supuesto que esto provocó un hundimiento de muchos aspectos de la vida y estilo caballeresco, que se había incubado en la Edad Media con mil raíces diferentes. Pero este estilo, impregna de tal modo los valores del mundo occidental de ahora mismo, que resulta imposible imaginarse que no solo hubo pervivencias de viejas instituciones, sino que mucho vino nuevo se colocó en odres viejos porque se consideraba que así las cosas iban a marchar mejor y, efectivamente, en muchas casos así sucedió.

Esta consideración surge de la contemplación de un cuadro que tengo en casa, de mi bisabuelo el santanderino Vicente Velarde y González Pontanilla. A lo largo de mi niñez, cuando hacía alguna travesura, una tía mía, señalando el cuadro decía: —«Si sigues por ese camino, no llegarás nunca a que te den la Gran Cruz del Mérito Agrícola de tu bisabuelo». Pero más adelante, cuando lo he visto de cerca, comprendí que mi bisabuelo no llevaba esa condecoración, sino dos grandes cru-



JUAN VELARDE FUERTES

ces muy importantes: la de Carlos III y la de Isabel la Católica. ¿Para qué las quería? ¿Qué existía detrás de que un empresario santanderino, traspasado a Asturias, tuviese esas condecoraciones?

Al observar el panorama económico, me di cuenta que en España existía un problema muy serio: el de la convergencia con Europa. Gracias a Angus Maddison, me fue posible construir un cuadro de convergencia con los doce de la Unión Europea que se recoge en el cuadro adjunto. El que fuesen sólo doce y no de los quince se debe a que no existen series numéricas desde 1820 que abarquen también a Grecia, Portugal y Luxemburgo. Pero estos tres países, a pesar de Luxemburgo, lo que harían sería mejorar la convergencia española algo, pero no altera la significación de esta evolución que aquí se reduce, porque es el que podríamos llamar *primer periodo monárquico de la Revolución Industrial española* —el segundo se abre, en un contexto muy diferente, en 1975—, y que es el que nos interesa.

Años	PIB de los 12	Población de los 12	PIB p.c. de los 12	PIB p.c. de España	Porcentaje de convergencia según Angus Maddison
	Miles de millones de \$ Geary-Khamis	En millones de personas	En \$ Geary-Khamis		
1820	146,8	117,1	1.253	1.063	84,8
1850	237,3	145,3	1.633	1.147	70,2
1870	325,2	159,8	2.035	1.376	67,6
1882	405,5	172,3	2.354	1.664	70,7
1890	466,9	181,1	2.578	1.847	71,6
1900	580,8	194,3	2.990	2.040	68,2
1913	764,6	214,8	3.560	2.255	63,3
1926	851,4	225,8	3.771	2.658	70,5
1929	965,2	229,6	4.203	2.947	70,1

Observamos, a lo largo de este periodo, que la convergencia después del derrumbamiento tras 1820, oscila entre 63,3% y 71,6%. Por lo tanto es lógico considerar que la preocupación por conseguir aumentar estas cifras empapa toda la política económica de la época, desde Fernando VII —de ahí la signi-



ficación del ministro López Ballesteros— a Alfonso XIII, que había contemplado un fuerte repunte, en la serie adjunta, bien visible, en la etapa de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera, Isabel II, Amadeo de Saboya, Alfonso XII y M.<sup>a</sup> Cristina de Habsburgo están dentro de esa realidad.

El impulso de la economía industrial se busca por diversos y coordinados caminos: un sistema tributario cómodo, de base real, apoyado en la Reforma Mon Santillán de 1845; un proteccionismo creciente, hasta concluir en el nacionalismo económico propugnado en el discurso en Gijón, el 8 de septiembre de 1918 por Cambó; una huida del patrón oro, hasta llegar en 1883 a la desmonetización de este metal, para tener las manos libres en la proliferación del crédito; una política social que pretendía, con su amplitud, paliar las consecuencias de estas tensiones que complicaban la distribución de la renta; finalmente, un impulso al espíritu empresarial español, dentro del nuevo marco abierto por el Reino Unido, desde 1783 y el inicio de un fuerte proceso industrializador y comercial. La Corona se reservó parte notable de este último papel.

Por supuesto que dio títulos nobiliarios a los políticos más importantes de esta época y, también, siguiendo la tradición, a jefes militares, pero es indudable que los concedió también a numerosas personas de las finanzas, de la industria, y en general de la actividad económica. Nadie, en lo que conozco, ha hecho la cuantificación, respecto al resto de la actual nobleza, de la que tiene sus raíces en esas actividades. Si se hiciese esa medición, quedaría muy clara la participación de la Corona en el desarrollo económico español.

Dígase lo mismo de las Grandes Cruces. Hubo generosidad, a mi juicio, en esto. Pero es preciso que alguien se introduzca en el Ministerio de Asuntos Exteriores y nos indique, después de leer los expedientes de concesión, cuántas grandes condecoraciones se otorgaron por motivos políticos, cuántas por méritos militares y cuántas por méritos relacionados con la vida económica. Me parece que nos llevaríamos alguna sorpresa. El viejo mensaje que se pretendió dar, frente a las Órdenes tradicionales de Caballería —Calatrava, Alcántara, Mon-



JUAN VELARDE FUERTES

tesa, Santiago y Toisón de Oro— con sus pruebas de limpieza de sangre y con su, al menos aparente, alejamiento de la vida empresarial, con la creación en el siglo XVIII de la Orden de Carlos III, se recobró con enorme fuerza.

Hubo otra colaboración diferente de la Casa Real a la actividad fabril, comercial, financiera, agraria y, en general enlazada con la vida económica: la presencia de miembros de ella en diversas inauguraciones de plantas industriales nuevas, o con tecnologías diferentes, o de edificios para importantes instituciones financieras, o de medios de transporte privados de cierta importancia o de certámenes comerciales, como pueden ser ferias y exposiciones. También hubo generosidad en esto. Cuantificar estas visitas, por ejemplo a través de la colección de *Blanco y Negro*, o de *Nuevo Mundo*, o incluso de revistas del siglo XIX, sería de un gran valor. A veces en esas visitas se incubaba un título o una condecoración.

Todo esto, queda por hacer. En los más recientes estudios y, por otro lado, excelentes, sobre la nobleza española, como pueden ser los de Carmen Iglesias, esa cuestión no se trata prácticamente. Con esta nota muy breve, sencillamente planteo la necesidad de que se aborde, para que sepamos si, como da la impresión, los sucesivos monarcas españoles, durante un poco más de un siglo desde 1820 a 1930, participaron, como parece, en la gran aventura española de la Revolución Industrial, o realmente la cifras no lo ratifican.

